

Comentario:

¿Qué nos permiten pensar las ediciones críticas hoy?

Valeria Añón

UBA-UNLP-Conicet

Para comenzar, quisiera referirme a la estructura de los textos propuestos por María Rosa Lojo y Hebe Molina para este simposio, porque me resulta sintomática y desafiante a un tiempo. Me explico: ambos se organizan en una primera zona teórico-histórica, en la cual dan cuenta de las disciplinas y las polémicas en que se inscribe hoy la edición de textos; y una segunda zona, en la que abordan casos puntuales, de los siglos XIX y XX, que permiten mostrar dificultades, decisiones, derroteros. Más allá de que responden a los "retos y desafíos" a los que alude esta convocatoria, creo que en ambos trabajos hay un resto, algo que nos interpela y que quiero iluminar aquí.

En efecto, a partir de la estructura de estos ensayos podríamos preguntarnos por qué es necesario dar cuenta de los vericuetos de la crítica textual y la crítica genética; en qué medida es preciso historiar sus procesos y referirse, por ejemplo, a nombres fundantes como el de Ana María Barrenechea, que nos ha formado a buena parte de nosotros. La respuesta que puedo proponer es polifacética, pero se resuelve en que (postulo) ambos trabajos exhiben una sutil manera de intervenir en debates en torno a qué es la crítica literaria; cómo se vincula con la crítica textual y la crítica genética; cómo le da la espalda; de manera más amplia: cuál es nuestro rol como estudiosos, cuáles son nuestros riesgos. Se trata, en verdad, de iluminar un estado del campo y sus aristas problemáticas, que el texto de Lojo resuelve a partir de la complementariedad (volveré luego sobre esto).

A partir de dicha estructura, dos dimensiones fundamentales se despliegan:

- a) la de las preguntas fundantes
- b) la de las ediciones específicas

De manera entrelazada, entre ambas dimensiones se desarrolla una minuciosa reflexión (a la que alude el texto de Molina) acerca de ciertas supuestas certezas de los estudios literarios actuales. Así, texto, escritura, autor, escritor, lector (implícito y modelo) son puestos en jaque por una perspectiva que elude explicaciones maniqueas y asume las complejidades. Incluso las más sólidas figuras de autor como la de Sábato se ven iluminadas por el encuentro con su largo proceso de escritura, por ejemplo, que exhibe una trabajosa reescritura que lo acerca a Borges antes que alejarlo (como revela Lojo en su lectura). Qué

se dice de un autor y qué hace el escritor con eso; cómo la autoría repercute en las lecturas de los textos y viceversa resultan ser preocupaciones fundamentales que estos trabajos señalan y que se extienden a la literatura toda.

En ese sentido, también es preciso atender a las preguntas en torno al lector que ambos ensayos explicitan o sugieren: el lector modelo de cada texto, el lector implícito, e incluso el/los lectores modelo de cada edición crítica. Así, la dimensión de la recepción se diversifica y llama nuestra atención acerca de circunstancias y contextos (a los que el trabajo de Lojo refiere especialmente), que no deberían obviarse en ningún análisis. Otra pregunta esencial que se suma en este marco: para quién se edita. Aparece aquí una figura eje, la del editor-crítico (Lojo), y una altísima conciencia sobre los vericuetos de la fijación textual y sus implicancias (incluso acerca de la idea misma de que un texto pueda ser fijado). De este modo, la tarea del editor adquiere nuevas aristas y da cuenta de las múltiples instancias de configuración de un texto en su materialidad.

De allí las profusas aclaraciones en torno a notas, texto y paratextos, que exhiben además de una profunda reflexión acerca de sus implicancias, una variable y ajustada configuración de lectores en relación con la colección o proyecto en que cada edición se inscriba (volveré enseguida sobre esto). Para quién se edita y por qué; para quién se anota y cómo; qué puede aportar la edición crítica en torno a un estado de lengua, a la lengua de una autor (Mansilla), a un contexto específico (Vicente Fidel López) y un estado del campo son interrogantes que muestran, además, un profundo respeto por el autor, por el lector y por la tarea del crítico.

En este marco, aparecen con insistencia alusiones corpus, canon y archivo como dimensiones problemáticas e irresueltas en los estudios literarios argentinos y latinoamericanos. Se trata de asediar los bordes del canon y el contracanon para entender el canon mismo; se trata también de cuestionar la idea de canon como concepto descriptivo de ciertos modos de la literatura y su enseñanza. Se trata de ampliar corpus para modificar así el tipo de estudios que pueden llevarse a cabo y, en ese gesto, de cuestionar también límites genéricos, como exhiben el trabajo de Molina en su cruce entre texto literario y epistolarios, o el de Lojo en atención a otras ediciones, borradores, notas y pareceres del autor. Este debate en torno al canon latinoamericano, nunca zanjado, se beneficia entonces de estas reflexiones y estas prácticas críticas, y adquiere nuevas posibilidades a partir de sus ediciones.

Pero volvamos a otra de las ideas centrales en ambos textos, la de Archivo. Entendido en múltiples sentidos, ingresa también haciéndose cargo del nivel de reflexión en torno a éste en los últimos años, sin prescindir de su materialidad. Quiero decir: aquí el archivo no es metáfora sino lugar, espacio, práctica, proyecto, posibilidad de configuración de una literatura. En efecto, el trabajo de Molina hace referencia a la complejidad y la ardua tarea del trabajo con archivos de autor, del siglo XIX en este caso, domiciliados

en instituciones públicas (el AGN por ejemplo), caracterizados como "un tesoro que parece inagotable", pero que exige un recorte crítico que permita procesarlo, entenderlo, pensarlo. Lo mismo puede decirse de las operaciones críticas que plantea Lojo en torno al archivo de autor (Sábato), sus pérdidas, pareceres y vericuetos. En todos los casos el editor trabaja con un estado del archivo y fuerza sus límites; trabaja también con (y contra) instituciones que alivian o dificultan el trabajo cotidiano. Cuánto de este trabajo se dirime en lo que ocurre en esos espacios, y cuántos otros tesoros guardan y esconden estos archivos y sus cancerberos es quizás una de las dimensiones más atractivas y enigmáticas de la edición crítica. (Mención aparte requiere el estado de los archivos en Argentina en particular y en América Latina en general, muchas veces reactivos al investigador, segmentados, interpolados, perdidos, en una lógica que replica la colonialidad de los momentos fundantes del archivo americano (recordemos, por ejemplo, la historia de los textos colombinos).)

Pero el trabajo de Lojo ilumina además otra zona, que me interesa especialmente, y es la de las instituciones y los proyectos trasatlánticos e interinstitucionales. Me explico: su edición de *Sobre héroes y tumbas* se da en el marco del proyecto editorial Archivos, sobre una idea que se gesta en los años 70 y se consolida a partir de los años 80. Muchas dimensiones se relevan aquí (muchas apuestas, hoy en jaque): la idea de una literatura continental y de la posibilidad de caracterizarla y editarla, al menos para los siglos XIX y XX; la certeza de la necesidad de unir esfuerzos y saberes (editoriales, críticos, filológicos, económicos incluso); la configuración y ampliación de un canon; la difusión de ese canon en pie de igualdad frente a otras literaturas, centrales. La ardua colaboración entre instituciones europeas y americanas, sus posibilidades y sus límites. La tarea del coordinador, que debe definir una idea muy clara en torno a un texto y sus aproximaciones, y que lleva sobre sus espaldas la responsabilidad de esa lectura.

Aquí quisiera detenerme porque creo que esta dimensión fundamental, que hoy está en jaque, pone en jaque también nuestra tarea como editores, investigadores, críticos. Más allá de la experiencia puntual de archivos, tanto Hebe como María Rosa remiten a trabajos en equipo que fueron posibles gracias a financiaciones por parte de organismos públicos como Conicet (a partir de sus proyectos PIP) y que reunieron investigadores formados y en formación. Así, la edición crítica se transforma en un espacio sin par de enseñanza y aprendizaje; así como en una intervención de envergadura en el campo cultural nacional y continental. El hecho de que algunas de estas tareas estén puestas en duda reviste mayor alarma cuando tomamos cabal cuenta de la importancia y la injerencia de este trabajo editorial. Se trata de recuperar lo colectivo y de seguir apostando por lo institucional, más allá de ciertos embates estigmatizantes.

Para ir cerrando, quisiera recuperar dos zonas fundamentales que aparecen de manera diversa en ambos trabajos: la de la complementariedad; la del editor crítico. La primera, que remite en principio al

cruce entre crítica textual y crítica genética, podría desplegarse muy bien hacia otras zonas. Me explico: la crítica y la teoría literarias se verían muy beneficiadas si se ampliaran los cauces de estos diálogos y si pudiéramos pensar juntos, más allá de la labor compartimentada hacia la que a veces tiende la tarea cotidiana. Un ejemplo que me llega de cerca: como algunos sabrán, me dedico a la literatura colonial latinoamericana. En ese marco, realicé tres ediciones críticas (la Segunda carta de relación de Hernán Cortés, los Diarios de Colón - en colaboración con Vanina Teglia-, El libro XII de fray Bernardino de Sahagún, todas publicadas por Corregidor) con dificultades muy diversas. Las preguntas en torno al texto y su fijación, a las notas y apéndices (qué y cómo anotar sin resultar paternalista por ejemplo), a la materialidad del texto, a su posibilidad de fijación, a la idea misma de autor atraviesan esos estudios e interceptan perfectamente con los problemas planteados por Hebe y María Rosa aquí. De allí que me atreva a decir que pensar las ediciones críticas también es pensar la diacronía, la heterogeneidad de la literatura latinoamericana, sus continuidades y rupturas del siglo XV al presente. Y que pensar juntos nos permitiría iluminar aún más esos lazos.

Por último, recojo la figura compleja del editor-crítico que plantea Lojo porque creo que constituye una apuesta central para repensar nuestro rol como investigadores. Con una mirada estrábica, con las dos caras de Jano (parafraseando a José Luis de Diego), pensarnos y configurarnos de esta manera nos permite también reflexionar en torno a nuestra tarea como intervención urgente en la textura del presente. Muchas gracias.